



CONVERSACIÓN CON DON ROBERTO

*Julio A. Muriente Pérez**

INTRODUCCIÓN

Don Roberto Sánchez Vilella fue uno de los protagonistas principales del proceso político, económico y social que condujo a la creación del Estado Libre Asociado, a la sustitución de la economía de monoproducción azucarera por una economía industrial y, en general, a la modernización de Puerto Rico en el marco del capitalismo y de una relación de dependencia con Estados Unidos durante el pasado medio siglo.

Sánchez Vilella estuvo, por muchos años, muy cerca de Luis Muñoz Marín, dirigente principal de ese proceso; tanto, que fue su sucesor en la gobernación durante el cuatrienio de 1964 a 1968.

Fue, a su vez, uno de los pocos dirigentes estadolibristas que, con el pasar de los años, ha hecho una crítica severa y firme

* El autor es profesor del Departamento de Geografía, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

de los resultados y las consecuencias del proceso iniciado en la década de 1940 que condujo al establecimiento del Estado Libre Asociado.

En esta entrevista, realizada en la segunda mitad del año 1995, Don Roberto aborda aspectos importantes de la historia económica y social moderna de Puerto Rico. Nos ofrece, asimismo, una opinión muy significativa desde la perspectiva ambiental, ángulo que suele pasar inadvertido al analizarse el proceso de la llamada *Operación Manos a la Obra*, que condujo a la industrialización de Puerto Rico.

Tras su muerte, ocurrida en 1996, esta entrevista queda como testimonio de un puertorriqueño cuya vida adquirió dimensión histórica, que mereció el aprecio y el respeto de su pueblo y que, de haberse mantenido entre nosotros, hubiera tenido mucho que decir y hacer sobre el porvenir de nuestra patria. A continuación, nuestra conversación.

Quisiera que me hablara sobre la importancia que se le asignaba a los problemas del ambiente y la contaminación hace medio siglo, cuando se iniciaron importantes cambios políticos, económicos y sociales en el país...

Vamos a empezar por lo que yo podría llamarle el principio. Aquí, en la época anterior del proceso *Manos a la Obra* — cuando esto era una economía basada en el cultivo de la caña y la producción de azúcar— no había ninguna conciencia en ninguna parte de Puerto Rico ni por ningún grupo sobre el impacto ambiental.

De hecho, yo, que vivía en Ponce... Nosotros sufríamos lo que llamábamos la *nieve negra*, que era el residuo de la chimenea de [la Central] *Mercedita*. Cuando el viento venía del este, uno veía las partículas pequeñas negras que botaba la chimenea. Pero la gente, si protestaba, no era una protesta que se basaba en ninguna otra cosa que no fuera una molestia de una producción de caña.

Mercedita era una de las dos centrales en Ponce, era la más cercana. La otra era *Rufina*, en el oeste, en Guayanilla, y no llegaba a Ponce. Que eso tuviera algún efecto sobre la población —que no fuera la molestia de tener una camisa manchada con la *nieve negra*—, pues no iba mucho más allá. Quizás algún artículo en el periódico, y le digo quizás, porque no lo recuerdo.

Eso mismo ocurría poco tiempo después que yo salí de Ponce a estudiar a los Estados Unidos. En sitios como Pittsburg —que era un lugar de concentraciones de molinos de acero que tenían una chimenea— no le duraba a uno una camisa puesta más de unas horas, que no tuviera llena del residuo que echaba la chimenea. Pero la gente en Pittsburg, yo creo, tampoco protestaba mucho de eso. Yo no recuerdo... pero oía hablar de eso y no era nada que fuera objeto de discusiones de día a día.

Que yo recuerde sobre la *nieve negra* en Ponce (hablamos de antes de 1930)... y la contaminación en Pittsburg (era de los 30, en los años que yo estudié) la gente hablaba de eso porque Pittsburg era uno de los sitios más contaminados por los efectos de la chimenea de la fábrica de acero.

¿Cuál fue su vinculación con el proceso que condujo a la transformación del país de una economía agrícola a una economía industrial?

En los 40, el principal propósito —el fundamental— era la reforma económica y social. Acabar con los latifundios. No había ningún *issue* ambiental. En aquella época, se pensaba que el área de los humedales y mangles había que eliminarla para convertirla en terrenos utilizables para otros fines que no fuera el mangle. No es como recientemente, que se trata de conservar el mangle negro, el mangle bravo; todas las áreas de mangle, [de las] que se perdieron muchas.

Ya vamos a los 50, pero en los 40 no había tanta conciencia. De hecho, cuando empieza la *Operación Manos a la Obra*, desde los 40, había un sentir de que era deseable y conveniente, pues cuando uno miraba hacia Cataño —todas las fábricas que

tenían chimeneas que echaban humo— eso era un adelanto, pues sustituía la agricultura de la caña. Me refiero a la planta del cemento, a la planta del cristal, a la planta del cartón, a la planta de cerámica. Aquello del proceso de limpiar esas emisiones por la chimenea no se conocía, como hoy en día se exige.

Así es que nosotros estábamos en un tres y dos: crear unos empleos fabriles con unos adelantos a cambio de sufrir unas inconveniencias de humo que el viento se llevaba, pero que a veces no se llevaba porque depende de la dirección del viento. Principalmente, la mayor parte de la unidad de fabriles de esa época —estoy hablando ahora del 48 en adelante— eran industrias livianas, que su grado de contaminación era mínima.

Era ropa de mujer, de niño, de hombre; era de tela, y era cortar la tela, coserla, empacarla y exportarla. No había un problema grande de contaminación, y no solamente no había un problema grande, sino que no estábamos conscientes de eso.

¿Aumentó el problema de la contaminación en la década de 1950?

Yo te diría que no puedo precisar la fecha exacta en que surge un llamado, específicamente de [Manuel] Méndez Ballester, quien planteó la necesidad de crear, en el Departamento de Obras Públicas —el cual yo dirigía en aquella época— una unidad de Recursos Naturales. Yo diría que aquello fue precursor de todo lo que conocemos hoy como unidades ambientales o calidad ambiental, o para tratar de conservar algo que teníamos y que tenía un valor. Pero ya en esa época se había rellenado cientos de cuerdas de mangle por ahí por Carolina y se habían convertido en urbanizaciones. Aunque algo se pudo salvar.

¿Eso se interpretaba como un paso de adelanto, un paso de progreso?

Un paso de progreso, pero todavía no una parte importante del trato del gobierno; para mí, que fui una persona que insis-

tió en eso. Finalmente se creó el Departamento de Recursos Naturales; estaba muy consciente de esto, pero habían muy pocas personas conscientes.

Pero la eliminación del mangle, el rellenarlo para construcción de casas y demás, se veía como un paso de adelanto...

Salíamos del mangle y recobrábamos cientos de cuerdas donde se podían construir unas casas y proveer vivienda para la gente que la necesitaba, vivienda a bajo costo o a lo que sea. O sea, era una cosa aceptable, y no es hasta que se creó la unidad de Recursos Naturales que empezamos a ver algunos de estos problemas. Ya sabíamos que íbamos a construir una petroquímica en Guayanilla y ya la gente tenía una protesta por las emisiones de gases de la [refinería] CORCO, que afectaban la salud; ya empezaba a discutirse eso como un tema público. CORCO generaba unos empleos y unas riquezas para el país, pero generaba una posible fuente de enfermedades pulmonares.

Esto es, yo diría, en los 50, ó más bien hacia fines de los cincuenta. Coincide eso un poco con el proyecto [...] en la región de Utuado, Adjuntas y Lares, que un grupo de personas se une para combatirlo, porque aquello iba a contaminar el agua, el aire y eso iba a traer unos problemas de salud. Eso nos pone a pensar y finalmente no se aprueba. A pesar de que la ley se enmienda, logró los permisos de exploración, pero no los permisos de explotación, eso es ya en los sesenta.

Para esa misma fecha, entramos en un acuerdo el Gobierno de Puerto Rico con el Secretario del Interior de los Estados Unidos, que entonces era Stuart*, para que cada barril de petróleo que entrara a Puerto Rico pagara a un fondo de conservación una cantidad, no recuerdo si era 25 centavos o 30 centavos. Ahí es que se crea el Fideicomiso de Conservación que dirige Javier Blanco. (Él probablemente le puede dar más información de la que yo le pueda dar). Y de esa manera recibíamos un fondo que se iba a destinar exclusivamente para efectos de conservación.

No había una Junta de Calidad Ambiental, ni había un Departamento de Recursos Naturales. Ya llegamos a una época en que empezamos a detener la eliminación de los mangles; así que el último proyecto con el que yo bregué fue cuando la Compañía Rexach quería secar unos mangles en Fajardo y hacer una urbanización en unas salinas, eliminando todos aquellos mangles en la laguna aquella, que es un tesoro ambiental. Yo tuve conciencia de eso, porque un biólogo marino que vino de Washington me dijo: “Usted tiene en un metro cuadrado de esa región más vida marina que lo que tenemos nosotros en todo el país. Usted no puede, bajo ninguna circunstancia, permitir que eso se pierda”. Se refería a una laguna que hay llegando a la cabeza de mar [Cabezas de San Juan, en Fajardo]. Actualmente está bajo la Administración del Fideicomiso.

Hay que recordar que en ese período de transición (que yo podría decir fue entre fines de los 50 a fines de los 60) cómo todo gobierno responsable tiene que entrar en lo que podíamos llamar un tres y dos; si queremos promover unos empleos y bajar la tasa de desempleo, tenemos que ceder en algunas cosas a cambio de otras. La opinión de la gente que escribe sobre esto y que no tiene experiencia gubernamental se sienten en libertad de escribir como si uno pudiera imponer todas las condiciones desfavorables. Claro, uno trata de conseguir todas las condiciones favorables posibles, no solamente en lo económico, en lo social y en lo ambiental también.

La reforma agraria y el surgimiento de la Autoridad de Tierras en los años 1941-42 parecía tener un impulso emancipador, una influencia cooperativa. El país parecía irse perfilando hacia una transformación en el marco de una economía de tipo agropecuario. Pero se dio un total cambio en el modelo en un período de tres y dos que usted menciona...

Es fácil en 1940. Esto era una finca de caña de azúcar. Había capital para la caña, préstamos para la caña, empleos para la caña; todo giraba alrededor de la caña.

¿Por qué se desalentó ese impulso entre 1940 y 1941?

Lo que nosotros tratamos de hacer en el 1941 con la Autoridad de Tierras fue quitarle el poder político al poder económico que tenían esas cuatro grandes corporaciones: *Fajardo Sugar*, *South Puerto Rico Sugar*, *Aguirre* y *Eastern Sugar Association*; destruir el monopolio de la tierra en manos de unas cuantas personas, y a eso se dirige la Autoridad de Tierras. Se dirige a quitarle las 100,000 cuerdas, a controlar a Guánica para convertirla en finca de desvío proporcional para que los beneficios fueran para las personas que trabajaban en la finca y no a los accionistas de *South Puerto Rico*.

¿Eso implica un modelo económico alternativo?

Sí, pero era en la misma industria, nosotros estábamos creyendo todavía que seguíamos siendo una finca de azúcar.

¿Aunque los dueños fueran distintos, en este caso, la Autoridad de Tierras?

El pueblo de Puerto Rico. Lo que hacíamos era la distribución de la riqueza. Se produce la misma riqueza, pero en vez de distribuirla en manos de los accionistas de *South Puerto Rico Sugar*, o de *Aguirre*, o de *Fajardo*, se hace en manos de la gente que trabaja, o sea, que el cambio es en la distribución de la riqueza, pero seguimos cultivando la caña.

En el mejor momento de la Autoridad de Tierras, ¿controlaba un por ciento considerable de la producción?

Considerable sí. Se compró [la Central] Guánica, se compró [la Central] Fajardo, se compró [la Central] *Eastern Sugar*; eso era en el período de los cuarenta. Entonces, empezamos a ver que eso no era suficiente, que con el cambio de dueño, y produciendo la misma cosa que producíamos, y distribuyéndola mejor, [lo que estábamos haciendo] era distribuyendo lo que Muñoz Marín llamó el “bollo de pan”. Un “bollo de pan” dis-

tribuido entre dos o tres personas, pues, satisface el hambre de esas tres personas, pero ese “bollo de pan” repartido entre mil es una migaja para cada uno. Y tenemos que decirnos: hay que buscar la manera de aumentar la producción para que el aumento en la producción pueda producir más riqueza.

No sacábamos nada con seguir produciendo una cantidad de toneladas de azúcar y repartirla entre más personas, porque no era suficiente, porque la caña es un cultivo de esclavos, la caña no es un cultivo de una sociedad moderna. Teníamos que cambiar, y para eso se creó la Compañía de Fomento Industrial, para darle énfasis a la industrialización.

¿La primera fase de la industrialización fueron esas industrias?

Esas industrias de las que le estoy hablando: cemento, cristal, papel, cerámica; se empezó con zapato *textron*, ya eso era la fase industrial. O sea, que hicimos un giro que en el 1947, creando la *Ley de Incentivos Industriales*, para crear una economía basada en una industria con una producción mucho mayor.

¿Se entendía que esa modesta industria tampoco iba a ofrecer más pan para tantas bocas?

No. Lo que pasa con eso es que se tiene un capital, pero nos decían —por lo menos los economistas— que Puerto Rico no tenía, ni podía conseguir el capital necesario para una industrialización en manos de la Compañía de Fomento Industrial; que teníamos que buscar la manera para darle incentivos para que otros poseedores de capital pudieran venir a Puerto Rico a invertir en nuevas fábricas porque nosotros no teníamos el capital. Nosotros habíamos invertido unos millones de pesos, pero ¿cuánto más podíamos invertir?

Al morir don Teodoro Moscoso, se le llamó el arquitecto del ELA de Puerto Rico. Históricamente, hay quienes le adjudican a Muñoz una gran responsabilidad, ya sea por lo positivo

o por lo negativo, según sea el caso, de este período. ¿En qué medida tuvieron ustedes prerrogativa política y económica para orientar al país en una u otra dirección, y en qué medida fue de interés particular para Estados Unidos que ese fuera el rumbo a seguir, orientado en principio por el entonces gobernador Rexford G. Tugwell?

Él no vetaba la industrialización, pero creía que debíamos hacer un esfuerzo para utilizar la tierra, no en caña, porque ya, aún en aquella época, sabíamos que el futuro de la caña era muy incierto, por no decir que estaba llegando a su fin, y Tugwell tenía una idea distinta. Nos decía que la promoción de industrias no debía ser a base de incentivos contributivos, sino a base de subsidio a las comunidades fabriles que lo necesitaran. Si necesitaba un subsidio, porque no había *know how*, porque el personal no sabía —por la razón que fuera—, entonces el Gobierno debía darle un subsidio a la industria; uno por uno, no una cosa *bracket* como era la *Ley de Incentivo Contributivo*, que fue lo que se aprobó. De hecho, Tugwell nunca quiso aprobar la *Ley de Incentivo Contributivo* porque estaba en contra de eso. No es hasta el 1946 que se va Tugwell y viene [como gobernador Jesús T.] Piñero en el 1947, que se aprobó la *Ley de Incentivo Contributivo*.

Se estaba abriendo un nuevo capítulo en la economía de Puerto Rico. ¿Esa iniciativa partió de La Fortaleza?

Sí, parte de nosotros íbamos a reuniones que celebrábamos en la playa de Luquillo. Estuvimos por semanas y meses discutiendo posibles enfoques nuevos para el desarrollo económico de Puerto Rico, para producir más “bollos de pan”.

Pero, ¿Estados Unidos consintió en que se diera una transformación en el modelo económico del país?

No, Estados Unidos no intervino en eso. Eso es uno de los errores. De hecho, los comités que venían de allá, del Congreso,

eran hostiles a esto. Los Estados Unidos veían a Puerto Rico como un sitio que tiene playas; el gobierno de los Estados Unidos no se interesaba en eso, no intervenía. Eso me parece a mí que es un énfasis indebido.

¿A Estados Unidos le resultó indiferente la transformación del modelo agrario, del paso de monocultivo de caña de azúcar a la industrialización?

No, no le resultó indiferente porque si se establecía en Puerto Rico una unidad de fabriles de ropa de mujer o de hombres, pues eso tenía interés para [David] Dubinsky, que era presidente de la *International Ladies' Garment Workers' Union*, y quien era un hombre que tenía millones de empleados en Estados Unidos y apoyaba el proyecto. Claro, si había alguna vista, también [Jacob S.] Potofsky, de la *Amalgamated Clothing Workers of America* (y uno de los más importantes de la AFL-CIO), también respaldaba esto porque le proveía miles de empleados que les pagaban cuotas.

Había transformación e interacción con las industrias, pero de parte del gobierno norteamericano no había. Eso fue una iniciativa estrictamente nuestra.

¿Esa transformación económica, ocurre en el período de posguerra con el fin de utilizar a Puerto Rico en la producción de bienes de uso para la Europa devastada por el conflicto bélico?

En una de las reuniones que celebramos en la posguerra, del 1945 al 47, en el proceso de aprobación de la *Ley de Incentivos Industriales* no salió a relucir la post-guerra, o la Europa devastada ni mucho menos. Se discutió incidentalmente, pero no como punto importante a considerar.

¿En ese momento no se entendía que hubiera ninguna incompatibilidad entre esta propuesta de transformación industrial y la continuidad de la actividad agrícola?

No, la actividad agrícola continuaba, y continuábamos luchando porque las cuotas de azúcar para entrar al mercado americano fueran las mayores posibles. Esta actividad fabril lo que utilizaba era escaso recurso de tierra.

¿No hubo nunca una discusión de carácter ideológico, estratégico, sobre cuál era la forma más adecuada, si la industrialización por invitación de capital foráneo, o ir levantando poco a poco la industria con capital puertorriqueño; eso no fue motivo de conflicto?

La aprobación de la *Ley de Incentivos Industriales* era un brinco a la oscuridad. Algunos lo sabíamos, pero nos imaginábamos que el americano, que tiene dos cosas que cree que son inevitables: la muerte y pagar contribuciones. Pues aquí le estábamos eximiendo de una de ellas. No de la muerte, pero sí de pagar contribuciones, y eso es un incentivo grande.

Y así resultó; ya en 1952 en Puerto Rico había muchos miles de personas en fábricas, con jornales bajos, porque acuérdesse que la primera fase de la industrialización en Puerto Rico fue con salarios bajos. Mujeres en la fabricación de ropa en Aibonito, en Jayuya y Adjuntas, ganaban salarios relativamente bajos.

Pero eran más altos que estar desempleados...

Y más altos que la caña, y ya eso era un adelanto.

Habiendo tenido la experiencia de los barones del azúcar y el poder tan extraordinario que acumularon, ¿alguien anticipaba que podía darse una situación parecida, pero ya en el marco industrial?

Bueno, yo específicamente tenía mi reserva y la discutía en privado con Muñoz Marín. Yo le decía a Muñoz que el resultado de acostarse en la cama con Dubinsky y Potofsky era fatal; que nosotros teníamos que evitar la influencia de Dubinsky y Potofsky por razones obvias. Si Dubinsky, como presidente

de la *International Ladies' Garment Workers'* tenía un millón de miembros en los Estados Unidos y 20,000 en Puerto Rico, cuando llegara el momento de decidir algo, ¿a favor de quién iba a decidir: de los 20,000 en Puerto Rico o del millón en Estados Unidos? Y yo tenía mi reserva en eso.

Pero en ese momento no se planteó. Se vino a plantear un poco más tarde, cuando se establecieron las petroquímicas, que fue la segunda fase de la industrialización. Ya en la industrialización de la petroquímica, le dije a Muñoz: ¿vamos a cambiar a Eastern, Argo, Guánica y Aguirre —el poder político que tenían— por CORCO, General Electric, el otro y el otro? Que como lo hacíamos estábamos cambiando el poder que tenían unos antes por el que ahora tienen otros; que ninguno respondía a Puerto Rico.

¿Por qué no se intentó el desarrollo de un componente económico nacional que no estuviera a merced del capital ausentista; por qué no asegurar un espacio económico puerriqueño?

Aquí no había esa experiencia de administración de empresas modernas. La Universidad —cosa que yo siempre veté hasta los últimos años— se ocupaba en su Facultad de Comercio de producirle a otros, pero no producir personas responsables a Puerto Rico. Eso lo hice yo para los 80; diseñé un curso en Administración de Empresas, pero los estudiantes lo que querían era asegurar su posición en la compañía que fuera, pero no cuando yo les decía que hicieran una propuesta de una cosa nueva a Puerto Rico. En eso el curso mío falló; produjo personas para ser servidores de los que traían las empresas aquí y traían el capital.

Cosa que no era muy distinta en cuanto a dónde iba a parar la riqueza producida...

No, no era muy distinta. Bueno, nosotros no tenemos una cultura industrial. Aquí no había esa cultura de *entrepreneur*, como le dicen en francés y en inglés, no existía. En la caña sí, porque la caña tenía su propio imperio y varios mercados. Allá en la *Hoshlain* y las otras empresas, la industria era para servirle a la industria azucarera —como la [Fundición] Portilla y la Abarca— para darle servicio a las unidades fabriles.

¿Los dueños puertorriqueños de centrales no estuvieron dispuestos a incorporarse en el proceso de transformación que se da en los 50?

Los dueños que había en los 50 eran de caña de azúcar, de cuota; esa era la orientación.

Al transformarse, con Tugwell, la estructura administrativa a partir de los 40, surgió la Junta de Planificación, que se supone desempeñara un papel importante. ¿Fue así?

La función de [Rafael] Picó era zonificar para fines del uso de la tierra; aprobar proyectos de Gobierno; aprobar proyectos de construcción privados, pero en la atención a la planificación, desempeñó un papel muy pobre.

¿O sea, que Fomento Industrial asumió la dirección del proceso de transformación del País?

Fomento Industrial era Teodoro [Moscoso]. Teodoro era motor, *todo motor*. Entonces, había que estar poniéndole freno.

Y, evidentemente, para él, entre todos ustedes, la degradación del ambiente no era un problema...

Teodoro, en esa época, era *motor*, él era pa 'lante, pa 'lante, pa 'lante y pa 'lante. No importaba si había contaminación en Cataño o en CORCO: fábricas, fábricas y fábricas, y exención contributiva; lo importante era buscarle todas las facilidades para que ellos funcionaran.

Me ha dicho que usted le llamó la atención a Muñoz alrededor del problema que podría significar el cambio...

Nos estamos cambiando a Eastern y a las cuatro corporaciones grandes por otras corporaciones en que el Gobierno no tiene los recursos.

¿Cuándo se plantean ustedes como Gobierno, o grupo, que la transformación va orientando al País hacia alguna dirección que no anticipaban? ¿A dónde va conduciéndolo esa transformación?

Recuerde que este planteamiento surge en los sesenta. Cuando se dice que hay que desarrollar un grupo de empresarios en el País, ya a principios de los 60 ese cambio que usted dice empieza a elaborarse, a articularse a principios de los 60, y hacemos un recuento, porque los empresarios que habían existido aquí estaban en un paro. [Mantecados] Payco hace una empresa y tiene éxito, pero le ofrecen un millón de pesos, o le ofrecen cinco, y la vendió y así se iban convirtiendo; eso es lo que no estamos viendo en estos días.

¿Bajo su gobernación en particular? ¿En el período de 1964 a 1968?

Ahí yo libro una batalla por muchas cosas, algunas muy importantes.

¿Todavía la agricultura desempeñaba un rol importante en esos años?

Sí, pero ya estaba perdida la caña.

¿Todavía la mayor parte de la población vivía en zonas rurales?

Sí, cuando yo ví que los Calaf en [la Central] Monserrate en Manatí tenían unos sectores muy eficientes y que funcionaba al

99 por ciento de capacidad, ya habíamos bajado las miras nuestras de un millón docientas toneladas de azúcar; había dejado mi meta ahí. Ahí, claro, mi administración trata de que unas personas en el Gobierno [entiendan] el problema ambiental y social en una Isla como la nuestra [...]

Teodoro quería establecer una industria de cinematografía, y me dijo: “Necesitamos diez mil cuerdas en Fajardo para hacer tomas de carreras de caballos del viejo oeste; para tener estudios bajo techo”. Puerto Rico no puede darse el lujo de entregarle diez mil cuerdas a una compañía cinematográfica. Otra industria que quería establecer era en la Bahía de Guánica: ah, pues necesitas la Bahía de Guánica y los terrenos adyacentes; no la podemos entregar, porque estamos entregando los recursos nuestros; por más que vaya a producir.

Ahí surge todo un choque. Claro, Teodoro finalmente se va a Venezuela y después regresa más dedicado a la producción de café y otras cosas que vienen a elaborarse en Puerto Rico en sus últimos años. La agricultura de caña estaba muerta a mediado de los 60; hasta hoy.

¿La diversificación de la agricultura no era opción?

Le invito a que lea la historia de la Compañía Agrícola de Puerto Rico. No estoy defendiendo a su director, porque era una persona incompetente que no ayudó, pero el fracaso de la Compañía Agrícola dio al traste con la agricultura, por lo menos por un período de diez ó 20 años. Cuando yo puse esa ley, aquí se trajeron hatos de ganado: *sandre, pra, pran* [sic] y otros más. Se llevaron a la Autoridad de Tierras, en Dorado, para determinar qué tipo de ganado se adaptaba mejor a las condiciones climatológicas y físicas [del terreno]. Había unos que podían adaptarse al terreno [...] y otros necesitan el terreno llano; todos esos se trajeron para hacer ese experimento.

¿Cuántos años funcionó la Compañía?

La compañía empezó en el 45; se liquidó como entre el 50 al 51; muy poco tiempo. Pero yo creo que aún la piña está; no sé como estarán.

¿Desde Vieques trasladaron la piña a Barceloneta, aprovechando que Filipinas y Hawaii estaban en medio de la Guerra?

Bueno, no tanto eso; el problema con la piña era conseguir la semilla. De la piña que se daba en Puerto Rico, la mejor la traían de México o de Hawaii, y era muy difícil.

Ya que usted vive en la víspera del siglo XXI y ha vivido gran parte el siglo XX, si fuera usted a enjuiciar retrospectivamente y un poco a anticipar el futuro del País, ¿qué cambiaría?

Lo único que yo cambiaría, y que me siento bastante firme en mi decisión, es que lo que tratamos de hacer en 1952 con la adopción de la Constitución y la formación del ELA, nosotros sabíamos que tenía errores y creíamos entonces que los podíamos subsanar en poco tiempo.

Al decir poco tiempo, no le estoy hablando de meses, pero en un período de una década, que es más o menos el [tiempo entre] el planteamiento que Muñoz le hace a Kennedy a principios de los 60; nueve años después el fracaso con Eisenhower en el 58 ó 1959. El planteamiento y esfuerzo que se hace por mejorar la relación bilateral, que nosotros creíamos que era bilateral, ahí ya yo empiezo a tener una grave duda; lo que resulta de la Carta de Kennedy es la llamada Comisión de Status que culmina en el plebiscito del 67; inútil; que yo no estuve de acuerdo, y de ahí para adelante nada.

O sea, que la oportunidad de llegar a un desarrollo autóctono de relación con otros países y con la región del Caribe y América la perdimos. Y yo dije que ese fue un error; que si yo tuviera que volver otra vez, culminó [la relación]; llegaría desde

1952 al 61 y del 61 al 65, pero no llegaría a los 70 sin plantear el asunto fundamental de la relación política unilateral que tiene el Congreso para legislar aquí en Puerto Rico, que nos amarra a nosotros en tratados comerciales, en cuestiones de la defensa, en una serie de asuntos que nosotros podíamos tener los poderes y no el Congreso de los Estados Unidos.